

MADRID

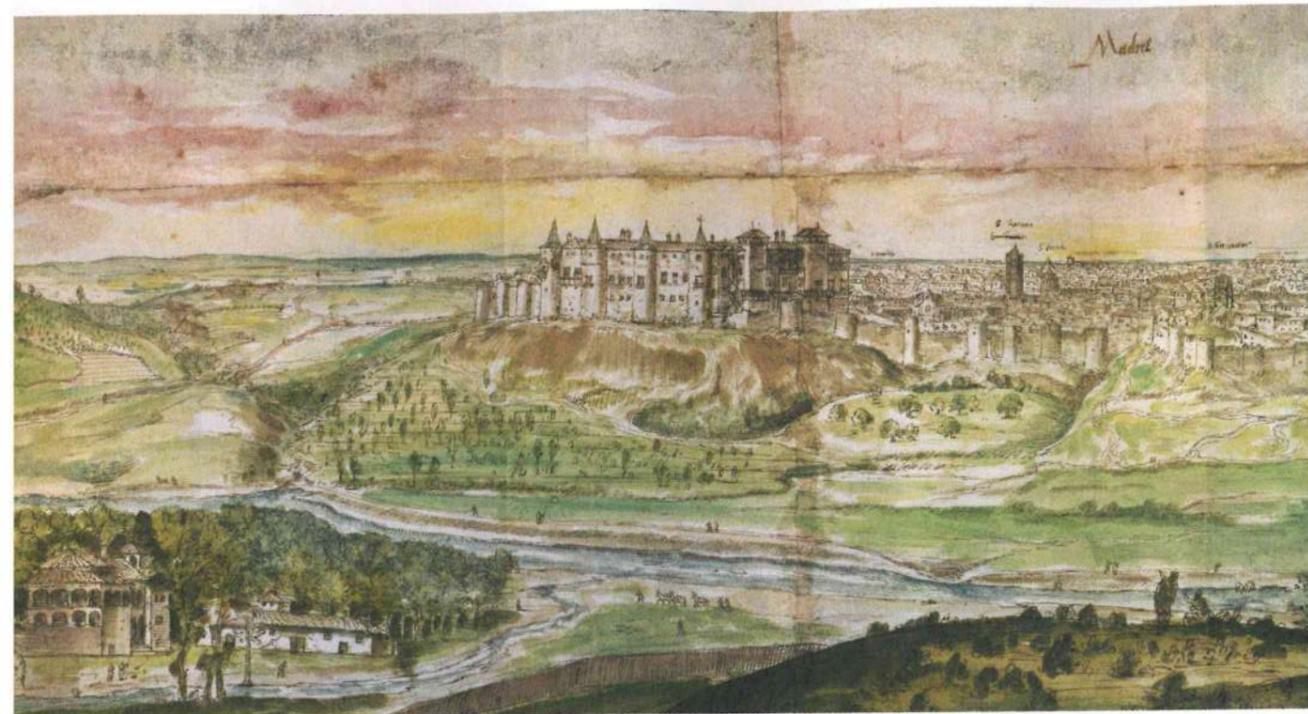
ARABO-MUSULMÁN

Cuenta la leyenda que, cuando Alfonso VI arrebató Madrid a los llamados “moros”, se derrumbó un trozo de la muralla y apareció una imagen de la virgen de la Almudena que los madrileños habían emparedado en el año 712 para protegerla de la conquista islámica. La Providencia bendecía así la recuperación de la Villa de manos del islam y establecía una continuidad entre la época visigoda y la monarquía castellano-leonesa, dejando la etapa andalusí en un desgraciado paréntesis de dominación forastera.

DANIEL GIL-BENUMEYA
PROFESOR DE ESTUDIOS ÁRABES E ISLÁMICOS (UCM)

UN ORIGEN ÚNICO.

En primer plano, restos de la muralla musulmana de Madrid, la única capital de Europa de origen arabo-musulmán. La catedral de la Almudena se ve iluminada al fondo.



EL MADRID DE 1562. Vista desde el Alcázar en el centro y, a su derecha, la muralla árabe sobre el arroyo de San Pedro. Grabado a pluma y aguados de color, realizado por Anton Van den Wyngaerde. Nationalbibliothek, Viena.

Desde aquel 9 de noviembre de 1085 en el que una imagen de la Almudena fue hallada en una de las torres de la antigua muralla, cada año las Almudenas celebran su santo en esa fecha, los niños madrileños no tienen colegio y, si se tercia, a algún alcalde o concejal se le presenta la oportunidad de recordar la suerte que tiene España de ser católica y no musulmana. Sin embargo, la propia palabra Almudena delata la realidad que la leyenda oculta. Viene del árabe *al-mudayna*, que significa “la ciudadela” y que se refiere al núcleo amurallado original de un Madrid que no solo no existía en el año 712, sino que apareció mucho más tarde, cuando ya estaba bien asentada la civilización arabo-islámica en la Península. La idea de un origen anterior a la llegada de los musulmanes ha sido muy recurrente desde que Felipe II instaló la corte en Madrid a mediados del XVI, pero tiene más que ver con la conveniencia de que la capital de España no tenga un origen “moro” que con los datos históricos y arqueológicos.

UNA CIUDAD ANDALUSÍ

Las fuentes documentales más antiguas sobre Madrid están escritas en árabe y sitúan la fundación de la ciudad en la segunda mitad del siglo IX, en el marco de las políticas urbanizadoras llevadas a cabo por el emir Muhammad I de Córdoba (852-886). Así lo cuenta el más eminente de los historiadores de al-Ándalus, Ibn Hayyān al-Qurtubī, que a su vez cita a su predecesor y paisano Al-Rāzī: “A Muhammad, en su reinado, se le deben hermosas obras, muchas gestas, grandes triunfos y total cuidado por el bien-

estar de los musulmanes, preocupándose por sus fronteras, guardando sus brechas, consolidando sus lugares extremos y atendiendo a sus necesidades. [...] Él fue quien construyó para la gente de la frontera de Toledo el castillo de Talamanca, el castillo de Madrid y el castillo de Peñahora”.

Esta primera mención escrita a Madrid refleja su entrada en la historia como una de varias fortificaciones destinadas a defender y poblar la Marca Media, la vasta región fronteriza central de al-Ándalus, cuya ciudad principal era Toledo. La antigua capital visigoda, llamada Tulaytula en árabe, nunca había aceptado su pérdida de poder en favor de Córdoba, por lo que sus habitantes (tanto musulmanes como cristianos) tendían a estar en perpetua rebelión contra los gobernantes andalusíes, siendo un quebradero de cabeza. Desde el mismo inicio de su reinado, Muhammad I tuvo que enfrentarse a varias de estas sublevaciones, que trascendían los límites de la ciudad, y por ese motivo, siguiendo una intensa política constructora que ya había iniciado su padre, Abd al-Rahmán II, decidió realizar una intervención más sólida y duradera en la Marca Media con la creación de una serie de plazas fuertes leales a Córdoba. Madrid, por tanto, fue fundada en las dos primeras décadas del reinado de Muhammad I, antes de 871, pues en ese año, según Ibn Hayyān, la fortaleza de Madrid existía ya y estaba a cargo de ella un personaje llamado Ubayd Allāh ibn Sālim. En rigor, la fundación emiral no es incompatible con la existencia de un hábitat anterior, lo suficientemente discreto como para no aparecer en las fuentes, pero hasta la fecha los únicos indicios de un posible asentamiento anterior a Muhammad I son ya de época islámica.

El nombre con el que Madrid aparece en la historia es *Maýrīt*, de etimología incierta y sobre el que se han hecho numerosas conjeturas, aunque hoy son tres las propuestas que mantienen cierto crédito académico. La primera, que sería la arabización del topónimo romance *Matrice*, quizás el nombre del arroyo que bajaba por la actual calle de Segovia. La segunda, que es un híbrido de la palabra árabe *maýrā*, en el sentido de ‘cauce de agua’, y el sufijo romance *-it*, indicador de abundancia, debido –nuevamente– a la cantidad de arroyos que surcan el solar madrileño. Y la tercera, más reciente, que podría tener un origen *amazigh* (bereber), debido a la presencia de este pueblo norteafricano en la región. Ninguna de las propuestas tiene más base que la mera especulación filológica.

La ciudadela de Madrid se construyó en un cerro a 640 metros de altitud, protegido de forma natural por tres de sus lados y con buena visibilidad sobre la sierra de Guadarrama. La muralla serpenteaba adaptándose a los accidentes del terreno, bastante más abrupto que el actual, a lo largo de unos 760 metros de perímetro y delimitando un espacio de unas cuatro hectáreas. Es probable que existiera, además, un recinto palatino utilizado como residencia del gobernador, pero sus características y ubicación son discutidas. Para algunos autores habría constituido la base del posterior Alcázar –cuyo solar ocupa hoy el Palacio Real– y se situaría por tanto fuera de la ciudadela, mientras que para otros habría estado dentro de esta última y quizás fuera ese recinto el origen del término *al-mudayna* y no la ciudadela en su conjunto. Pero Madrid no estaba contenido en sus murallas. Al contrario, al menos en la última etapa de su historia andalusí, la mayor parte de la población parece haber habitado extramuros. Se conocen cuatro arrabales, el más antiguo e importante de los cuales estaba al sur de la ciudadela y separado de ella por un barranco, en el actual cerro de las Vistillas. Junto a este arrabal se ha documentado también el que



FUNDADOR DE MADRID. Retrato de Muhammad I de Córdoba (823-886), emir independiente de al-Ándalus entre los años 852-886, hijo y sucesor de Abderramán II y miembro de la dinastía omeya de Córdoba. Su intensa política constructora y urbanizadora llevaron a la fundación de la ciudad de Madrid.

hasta ahora es el único cementerio andalusí hallado en Madrid, en el entorno de la plaza de la Cebada. *Maýrīt* no era, pues, únicamente una plaza fuerte militar, sino que desarrollaba igualmente una vida civil, y así lo confirman los restos de cultura material que hablan de labores agrícolas, de trabajos textiles y de fabricación de cerámica. De hecho, Madrid parece haber tenido cierta fama por esto último, pues, como señala entre otros el anónimo y tardío autor de la crónica *Dikr bilād al-* >>>

EL GIGANTE Y EL CADÍ

La noticia más asombrosa sobre el Madrid andalusí es sin duda la del hallazgo de los restos de un gigante durante la construcción del foso de la muralla. Nos ha llegado a través de Al-Himyar, quien, citando a Ibn Hayyān, la narra de este modo: “Ibn Hayyān en su *Historia* menciona el foso que fue excavado al exterior de la muralla de Madrid, y dice: «Se encontró en él una tumba con un esqueleto gigantesco, cuya longitud era de 51 codos, que son 102 palmos, desde la coronilla de la cabeza al extremo de los pies. Se confirmó la veracidad de esto por un comunicado del cadí de Madrid, que fue en persona a verlo, junto a sus testigos oficiales, y notificó que el volumen de su caja craneana alcanzaría ocho arrobas, más o menos. ¡Alabado sea Quien ha puesto Su signo en todas las cosas!»”. Traducido a las unidades de medida actuales, el esqueleto tenía unos 21,31 metros. ¿Se trata de una fabulación para adornar la crónica o refleja, como pensaba el arabista Jaime Oliver Asín, el primer hallazgo documentado en Madrid de restos de un animal prehistórico?



TRADICIONES Y LEYENDAS.

En la imagen de arriba, *La Feria de Madrid en la plaza de la Cebada* (1770-1780), de Manuel de la Cruz y Cano (Museo Municipal de Madrid). A la derecha, *El milagro del pozo* (1638-1640), obra de Alonso Cano que recrea el milagro más popular que protagonizó san Isidro —junto con el de los ángeles labradores— (Museo del Prado).



>>> *Andalus*: “Existe en Madrid una tierra con la que se fabrican ollas, que pueden usarse sobre el fuego durante veinte años sin que se rompan y sin que se altere apenas por el calor ni por el frío lo que en ellas se cocina”. La doble dimensión militar y civil-administrativa de Madrid es mencionada por otros autores como el geógrafo Al-Idrisi, que en el libro que compuso para el rey normando Roger II de Sicilia decía que Madrid era “una ciudad pequeña y una fortaleza potente y próspera” y añadía que “tenía, en tiempos

del islam, una mezquita aljama donde regularmente se pronunciaba el sermón”. Cuando Al-Idrisi escribía esto, hacia 1150, hacía unas décadas que Madrid había sido conquistada por Alfonso VI, pero al igual que otros autores se apoyaba en fuentes más antiguas. Otro autor tardío, Al-Himyari, basándose en Ibn Hayyān, llamaba a Madrid “ciudad notable de al-Ándalus” y a la vez señalaba que “el castillo de Madrid es uno de los castillos importantes”. También alude a la condición urbana la primera fuente cristiana en la que se nombra a Madrid: la crónica de Sampiro, obispo de Astorga, escrita en latín a principios del XI, menciona los estragos causados un siglo antes por Ramiro II de León en “la ciudad que llaman Magerit”.

LOS PRIMEROS MADRILEÑOS

Respecto a los primeros habitantes de Madrid, las fuentes escritas nos han dejado nombres y datos de varios personajes prominentes, como los de algunos gobernadores y, sobre todo, los de varios ulemas y otros sabios. Tenemos datos de veintidós ulemas relacionados con Madrid, algunos de ellos nativos de la ciudad e incluso miembros de familias en las que el oficio se transmitía de padres a hijos, como era el caso del conocido clan de los Banū Hammād. Estos sabios solían formarse en las grandes ciudades de al-Ándalus e incluso del Oriente islámico, a lo largo de viajes de estudios que duraban años y que revelan que incluso una pequeña ciudad de frontera como Madrid podía estar bien conectada con el resto de la *Dār al-Islām*, el mundo islámico. También lo muestra el hecho de que, junto a los madrileños de origen, encontramos a ulemas que llegaron a Madrid, a veces desde muy lejos, atraídos por la práctica del *ribāt*, una vida de retiro y devoción que permitía participar en la defensa de la *Dār al-Islām* y, a la vez, cumplir un papel crucial en la islamización y arabización de los habitantes locales.

No obstante, más numerosos que los sabios que residieron en Madrid son los que, siendo madrileños de nacimiento o de origen familiar, desarrollaron sus actividades en ciudades más importantes, como Toledo o Córdoba, donde eran conocidos por la *nisba* o “apellido” Al-Maʿrīṭī, esto es, “el madrileño”. El más famoso de los hijos del Madrid andalusí es, sin ningún género de dudas, el matemático, astrónomo y astrólogo Maslama al-Maʿrīṭī, que falleció en Córdoba hacia 1007 o 1008. Si las fuentes nos proporcionan un buen número de datos sobre la élite social madrileña, no ocurre lo mismo con la masa de población. ¿Quiénes fueron los constructores y primeros habitantes de ese Madrid fundado a finales del siglo IX? El nombre del primer gobernador, Ubayd Allāh ibn Sālim, remite a los Banū Sālim, un importante clan *amazigh* per-

Madrid fue fundada en las dos primeras décadas del reinado de Muhammad I, antes del año 871

teneciente al grupo tribal de los Masmūda, asentado tras la conquista islámica y que en el siglo IX dominaba toda la Marca Media. Es posible que la fundación y primer poblamiento de Madrid se deba a este clan aliado de los omeyas, y que la ciudad atrajera posteriormente a población de los alrededores, de orígenes étnicos diversos y tanto más mestiza cuantas más generaciones hubieran transcurrido desde la formación de al-Ándalus.

Una pregunta recurrente es si habría también cristianos y judíos. Las tradiciones que afirman la existencia de un Madrid premusulmán dan por hecho que hubo una población cristiana mozárabe durante la época islámica, y esa es la base, por ejemplo, de la leyenda hagiográfica de san Isidro, patrón de la Villa. Sin embargo, lo cierto es que la existencia tanto de cristianos andalusíes mozárabes como de judíos en Madrid solo está documentada de forma clara después de la conquista de Alfonso VI. En lo que se refiere a la etapa islámica, el único indicio de presencia cristiana podrían ser los huesos de cerdo hallados en dos de los muchos silos-basureros andalusíes que se han excavado en Madrid y que indicarían un régimen alimentario en principio reservado a los cristianos.

EL OCASO DEL MADRID ISLÁMICO

La ciudad estuvo envuelta en las luchas del tumultuoso siglo XI. Primero en la guerra civil que acabó con el califato de Córdoba, y en la que incluso tuvo su propio y singular aspirante a califa. Y después, ya como dependencia del reino taifa de Toledo, hubo de afrontar sucesivamente las incursiones de Fernando I de León, la crisis del reinado de Al-Qādir, las luchas de este con el rey de Badajoz, Al-Mutawakkil, y, finalmente, la intervención de Alfonso VI, que conquistó y se anexionó el reino en 1085. “Ochenta ciudades con mezquita aljama, sin contar los pueblos y las aldeas florecientes”, escribió el historiador Ibn al-Kardabūs, quedaron bajo los dominios del “tirano Alfonso”, y entre ellas Madrid, que se desarrollaría a partir de entonces como población castellana, alejada de las fronteras con el islam. Los nuevos pobladores dotaron a Madrid de una segunda muralla,



SANTA MARÍA DE LA ALMUDENA.

Litografía del siglo XIX (Museo Nacional del Romanticismo), sobre dibujo de Francisco Pérez, con una vista de la antigua iglesia de Santa María de la Almudena, derribada en 1868 por la remodelación de la calle Mayor y la construcción del viaducto de la calle de Bailén. A su derecha, el Palacio de los Consejos o de Uceda, que entre 1843 y 1845 fue sede del Museo Naval.

rodeando los arrabales andalusíes, y la mezquita aljama fue transformada en iglesia y colocada bajo la advocación de Santa María “de la Almudena”, por estar situada dentro del recinto amurallado andalusí y junto a la puerta llamada arco de la Almudena. No fue hasta varios siglos después, siendo ya Madrid corte de los Austrias, cuando se forjaron los mitos devocionales que han llegado hasta nuestros días, pero en cualquier caso el nombre propio Almudena perdura como herencia inmaterial de aquella “ciudad pequeña y próspera” que describió Al-Idrisi.

A modo de epílogo, hay que señalar que la historia islámica de Madrid no concluyó con la conquista, pues mantuvo durante cuatro siglos largos una minoría de población musulmana. Muchos de sus miembros destacaron en oficios como herrería, carpintería y construcción y tuvieron una intervención destacada en la vida social, económica y política de la ciudad. Fueron los herreros musulmanes de Madrid los que, entre 1481 y 1482, protagonizaron la primera huelga que se conoce en la historia madrileña: protestaban contra las medidas de segregación impuestas por los Reyes Católicos. También fue un alarife musulmán quien proyectó el Hospital de la Latina, hoy desaparecido, que da nombre a un barrio y un distrito.

El islam madrileño fue liquidado formalmente con la Pragmática de conversión forzosa de 1502. Los musulmanes de Madrid, que rondaban entonces el 2,5% de la población, fueron considerados en lo sucesivo cristianos nuevos “de moro” o moriscos y sus biografías se pierden en la historia de la ciudad, pues parece que en alguna medida lograron sustraerse a la expulsión de 1609-1612. **MH**